

LA COLECCIÓN DEL MES

Siberia treneko ipuin eta kantak

Los cuentos del Transiberiano

por Anjel Lertxundi

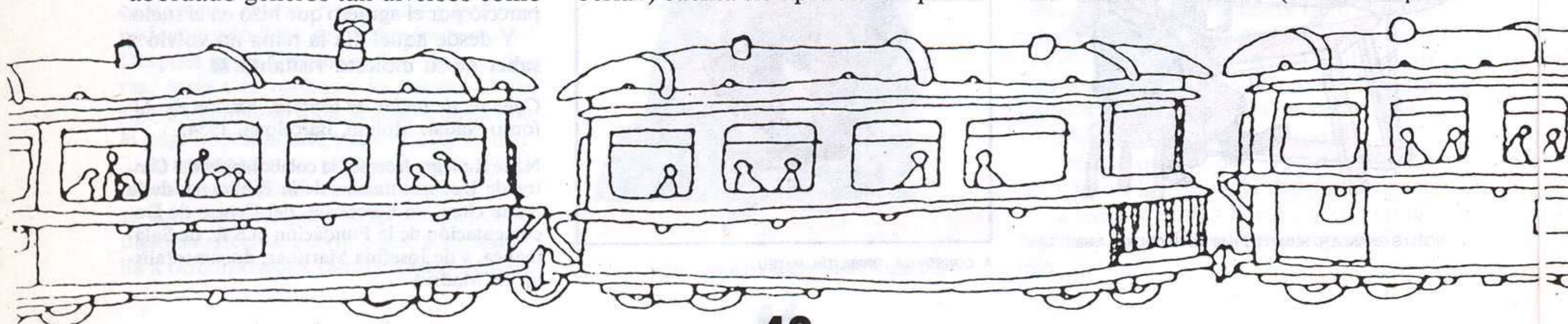
No resulta cómodo hablar de Bernardo Atxaga, en estos momentos en que, por primera vez en las letras vascas, ha sido galardonado con el Premio Nacional de Literatura. Desde que el año pasado publicara *Obabakoak* («Desde Obaba») la obra de Atxaga ha sido comentada, elogiada y, como siempre sucede, hasta sacada de contexto, en todos los medios de comunicación del país, reacios siempre —¿sólo desconocedores?— a hablar siempre de la producción literaria en euskara.

Pero Atxaga lleva escribiendo y publicando más de diez años (afortunadamente para su obra, escribir y publicar no se corresponden), ha abordado géneros tan diversos como

la poesía, la narración o los guiones radiofónicos, y no ha desechado el ámbito de la literatura mal llamada infantil, a la que ha aportado rigor narrativo, un lenguaje sencillo a fuerza de haberlo trabajado en pos de un estilo propio cuyas fuentes son, muchas veces, orales; y unos temas que, partiendo de una ambientación basada casi siempre en el entorno cotidiano, lo trascienden para mostrarnos un guiño suyo característico: lo real y lo ficticio se confunden e interpenetran en el filo de lo que Borges gustaba en llamar «frenética y precisa causalidad».

La serie que hoy comentamos, «Siberia treneko ipuin eta kantak» («Cuentos y canciones del tren de Siberia») cuenta siempre con un pretext-

to que es, además, un pretexto común a todos los libros: narra Atxaga que, viajando en una ocasión desde Moscú a Siberia, tras siete largos días en los que los ocupantes del vagón no se hablaron, rompieron el hielo y se prestaron a las presentaciones. Atxaga supo que viajaba con Boris Atxagof, la señora Mc Atxagen y Atxagini, y comenzaron a hablar con total familiaridad. Una de las fórmulas para amenizar el largo viaje era contar los cuentos que cada uno de los viajeros supiera. Atxagini contó el cuento de *Antonino Apreta*, (ilustrado por Ion Zabaleta) el mejor zapatero de un pueblo italiano con forma de zapato. La señora Mc Atxagen, tras escuchar la historia italiana se dispuso a contar *Txitoen istorioa* (ilustrado por



Asun Balzola, que obtuvo la Manzana de Oro en la Bienal de Bratislava), la historia de los polluelos a los que les encantaba ver cine y emular las hazañas de Bakarty James (Solitario James). Boris Atxagof deleitó a los contertulios con *Asto bat hypodromoan*, (ilustrado también por Ion Zabaleta), la historia de un burro en el hipódromo de Lasartevich. Atxaga contó, a su vez, la historia de Jimmy Potxolo, Jimmy Gordito y de Irri Zaintzailea, el guardián de las alegrías públicas, ilustrado por Antton Olariaga.

La necesidad de salir de la soledad, la búsqueda de comunicación condujo a los contertulios del Transiberiano a la literatura. Y ésta les hablará, con la ternura que caracteriza toda la obra de Atxaga, de la incomprensión y autoritarismo del mundo adulto que viven los polluelos, del abuso de poder que se ceba sobre el zapatero Antonino Apreta, el proceso de emancipación desde la opresión a la libertad protagonizado por el burro del hipódromo, la soledad y la necesidad de comprensión que vive Jimmy Potxolo...

Es intención de Bernardo Atxaga continuar con la serie, puesto que el viaje a Siberia es muy largo, y aunque los contertulios saben mirar por la ventanilla para admirar la nevada estepa rusa, o leen con verdadero placer, admiran también el arte de la conversación, esa habilidad cada vez más estimada de contar historias.

Mientras tanto, se han incorporado a la misma serie dos trabajos de Asun Landa, ilustrados ambos por Asun Balzola. *Izeba txikia* («La tía pequeña»), nos narra la historia de



una niña que va a ser tía y va madurando su propia concepción sobre el nuevo ser. El libro que lleva por título *Iholdi* está compuesto por la transcripción de diversos textos que va anotando Iholdi en su diario.

Asun Landa, al contrario de Bernardo Atxaga, es conocida por su trabajo referido exclusivamente al mundo infantil. Procura la autora, y lo logra, introducirse en la mentalidad del niño, que es, en ambos libros, quien cuenta su propia historia. El *tempus* del niño, sus relaciones de causalidad, su visión del mundo, se convierten en el *tempus*, la causalidad y la visión de la obra. Adecúa, ade-

más, su lenguaje, aparentemente espontáneo, al mundo infantil, pero incorpora la autora un casi imperceptible tono de ternura que hace su escritura inconfundible.

Los seis libros que componen hasta ahora la colección están dirigidos a los lectores de 7 a 10 años, aunque por el interés humano y la universalidad de las historias narradas sean susceptibles de ser leídas por los de edades superiores. ■

